

## PRESENCIA DE GERCHUNOFF EN LA NARRATIVA ARGENTINA

Por

IRIS ESTELA LONGO

Un escritor con un singular bagaje de optimismo; esto es decir, un remanso entre el maremágnun de cosas rotas y descompuestas que tiene para ofrecernos la literatura de nuestro tiempo. Y aquí no valen consabidas excusas: la crisis del siglo XX, las dos guerras mundiales... En esas mismas aguas anduvo navegando Gerchunoff. Porque si bien una de las obras que vamos a comentar resulta anterior a la Gran Guerra, la otra es posterior a ella y a la del 39-45. Pero queremos decirlo con sus propias palabras: el escritor que sobrevive, no pertenece ni a la vieja ni a la nueva sensibilidad, sino a la sensibilidad, sencillamente, y sobrepasa al tiempo por haber sido, antes que nada, un testimonio profundo y libre del tiempo en que ha vivido.

Cuando Alberto Gerchunoff se expresaba en tales términos sobre el poeta Enrique Heine<sup>1</sup>, se autodefinía sin quererlo. No podría explicarse de otra manera el interés creciente por su producción, ya transcurrido un lapso prudente entre la desaparición física y su estimación póstuma como literato.

A tres lustros de su muerte —acaecida el 2 de marzo de 1950— esa estimación se va asentando sobre pilares que solamente pueden sostener una yalía considerablemente supe-

<sup>1</sup> ALBERTO GERCHUNOFF, *Enrique Heine, el poeta de nuestra intimidad*. Buenos Aires. Babel. 1927.

rior a la simpatía que hubieran podido profesarle los coetáneos.

Durante la relectura de estas obras, nos han solicitado simultáneamente dos facetas de su artesanía literaria: la frescura de los relatos, que revelan a un escritor con estilo, y la pasión argentina que desborda esa prosa tan puleramente destinada a celebrar su provincia. Ambas cualidades intentaremos desentrañarlas en la revisión conjunta de "Entre Ríos, mi país" y el manojito de relatos que en homenaje al Centenario de la patria dió a conocer en 1910: "Los gauchos ju- dios", epopeya de la colonización entrerriana, nacida en la misma ocasión memorable en que Lugones deviniera en gran poeta con las "Odas seculares", donde cantó también a las razas redimidas. En ese poema —cenital para Carlos Obligado—, Lugones exalta la tierra bondadosa que "asegura a los pobres perseguidos / la retribución justa de sus obras". Algunos de estos cautivos redimidos y probables fugitivos de "pogroms" europeos, motivarán todo el libro de Gerchunoff. Tales fueron los pueblos con que se trasladara a la Argentina desde la lejana Proskuroff, mínima villa de la gobernación rusa de Kameñetz Podolski, en que había nacido el 1º de enero de 1883.

Estamos en la última década del siglo XIX. Una novela argentina de la época da fe del clima de euforia en que se desenvolvía el país antes de la crisis y bancarrota de 1890. Para los protagonistas de "La Bolsa"<sup>2</sup>, la pobreza era un mito, la tierra riquísima y se trabajaba en ella; el país se iba a las nubes y gozaba de crédito ilimitado. Ciento cincuenta mil inmigrantes al año así lo confirmaban. Como otros israelitas, Gerchunoff se afinó inicialmente en Moisés Ville, colonia de Santa Fe. Ingrato fue el comienzo: allí ocurrió la absurda tragedia que enlutó a su familia y decidió el destierro a Entre Ríos: un gaucho borracho y pendenciero, ensangrentó un día la beatífica villa, donde ningún colono tenía

<sup>2</sup> JULIÁN MARTEL, *La Bolsa*. Buenos Aires, Kraft, 1952, p. 20.

siquiera una escopeta para cazar perdices. “De pronto —cuenta en su “Autobiografía”— apareció el gaucho con el cuchillo desnudo, revoleándolo en el aire. Fue un instante, un instante horrible y pavoroso. Gritos de espanto hendían el aire. Un minuto de indescriptible confusión pasó y entonces pude comprender toda la enormidad de nuestra desgracia... Extendido en el suelo, yacía mi padre anegado en sangre, y en dos catres, en el cuarto contiguo, mujeres y vecinas curaban a mi madre herida gravemente y a mi hermana mayor, herida también...”<sup>3</sup>.

Consignamos el episodio por considerarlo de importancia en el proceso de formación de la personalidad de nuestro escritor, que en el recuerdo de Manuel Gálvez, se singularizaba por su bondad, “por su gran bondad”. En un hombre común, es probable que ese trance hubiera engendrado un perdurable encono contra los habitantes del país, un resentimiento muy arduo de vencer. La grandeza de alma de Gerchunoff se manifiesta en éste como en otros hechos de su limpia existencia: no sólo superó el infortunio, sino que él jamás conspiró contra su decidido, franco amor a la patria de adopción, que eligiera para ciudadanizarse siendo estudiante, muy joven de años pero maduro ya para el carifío a la tierra en que la libertad no era una palabra vacía.

Siguiendo el camino de luces que señalara, en las remotas vigiliias de Tulchín, la visión colonizadora del barón Hirsch, la familia se trasladó a Rajil, cerca de Villaguay, donde ni había cosacos ni desigualdad entre los hombres. Allí se colmó su niñez de leyendas, tradiciones, heroicas gestas narradas por los gauchos entrerrianos —“rapsodas ingenuos del pasado argentino”— y su alma se hizo más soñadora en el contacto con la naturaleza de los campos de Entre Ríos. Allí se extasió su mirada en la contemplación de la mansedumbre del cielo, cu-

<sup>3</sup> ALBERTO GERCHUNOFF, “Autobiografía”, en *Entre Ríos, mi país*. Buenos Aires, Mayo, 1950.

yas nubes, como "hileras de pausados dromedarios", nutrieron fantasiosos viajes al reino de la belleza inmaterial. "Cazador de nubes" llamaban a este niño que en su adultez se preguntaría a quién pueden interesar esas nubes que en los altos cielos parecen palacios de oro de la tarde o monstruos de la noche fabulosa. En la respuesta campearía el humor nunca desmentido de su pluma: "Las nubes sólo atraen la atención de los seres poco recomendables, como los enamorados y los poetas".

#### GENESIS DE "LOS GAUCHOS JUDIOS". EL ESCENARIO

De su observación del desarrollo de la colectividad israelita nació el propósito de referirse a los hermanos de raza como protagonistas de una aventura agrícola cumplida en el escenario del país recién amanecido. Le pareció interesante la revelación de esas vidas liberadas del fantasma de la persecución. La gran oportunidad, el homenaje a la patria que lo encontró como colaborador de "La Nación", ya más o menos resuelta su lucha por la subsistencia, luego de un azaroso quehacer en que sus manos —que no eran de escritor según la imagen que concibe el vulgo, sino que fueron modeladas y troqueladas por la vida, como observa César Tiempo<sup>4</sup>— hicieron los oficios del panadero, mecánico, vendedor de cigarrillos, pasamanero, tejedor y buhonero, hasta que pudieron dedicarse gozosamente a la ocupación intelectual, a la faena de quien tenía mucho que decir y venía a decirlo con todo el compromiso posible, sin ambigüedades ni neutralismos, pero sí con la valentía y la responsabilidad de saberse embanderado en una causa sin objeciones, la de un amor por la Argentina que no sufrió mengua en el transcurrir de su existencia signada por el trabajo: "Yo no aspiro a cantar únicamente la vida judía:

<sup>4</sup> CÉSAR TIEMPO, *Protagonistas*. Buenos Aires, Kraft, 1950, p. 289.

soy ante todo argentino y mi carácter de tal orienta mi existencia de hombre de letras”.

Cabe preguntarse el porqué del entusiasmo de Gerchunoff por Entre Ríos, ya que en los umbrales de la adolescencia se vio trasplantado, a instancias de la madre, a la seductora Buenos Aires. En su Autobiografía se justifica describiéndonos una infancia colmada de labores en el campo, en que su imaginación se alimentó de fábulas narradas por don Remigio Calamaco, el boyero de trágico final; el aprendizaje en las tareas recias pero alegres de la campiña entrerriana, su adentrarse en el corazón del hombre de esa provincia, individualizado merced al poder del medio físico, cuyo paisaje, que da “una impresión enfática de olas”, ha ido transformando la conformación expresiva de sus pobladores. El cocimiento del sol, la sombra del paraíso, han curtido su piel, dice en “Entre Ríos, mi país”, dilatado en la quietud campesina sus pupilas traslúcidas, o tranquilizaron el hondo azoramiento de su mirada. Por algo más que la nostalgia escribió esa página de antología en que el leiv-motiv es este casi rezo: “Yo soy de allá, amigos míos”. En ella recuerda cómo en su primer libro formuló con timidez la alabanza de su tierra: vuelve a vivir con regocijo los años de la infancia, cuando sus ojos aprendieron a “tenderse hacia el horizonte azuloso para espiar el vuelo de los pájaros en las claras mañanas, y a llenarse de paz a la hora en que el jinete va despacio, temeroso de muerte”.

Allí nació su fervor por el “deleite humilde de la palabra”. Al acordarse de su Entre Ríos, de Villaguay, del Vergara, de Domínguez, de la “casita con techo de paja en que era tan sabroso el pan”, aclaraba en su alma “como aclaraba el cielo, cuando iba, montado en el flaco tordillo, en busca del barroso y del yaguané, con sus cuernos puntiagudos, separados y curvos, en que el alba ponía una relumbre de nácar”.

Un bello poema en prosa, que finaliza triunfalmente con el ritornello, luego de la invocación exaltada a la tierra de hombres leales: "Amigos míos, yo soy de allá".

El cielo que iniciara con "Los gauchos judíos", culmina líricamente con "Entre Ríos, mi país", cumplida una parábola que jalonan entusiasmos igualmente arrebatados; cantor del porvenir, mereciera llamársele por su obra constructiva, que los descreídos motejarían de ingenua, a fuer de esperanzada. Realmente, en esta época de literatura en crisis, de literatura horrorizante, feísta, sin salvación visible para la criatura, páginas de tal lozanía, de tal certeza en el devenir promisorio del hombre, deberían conocerse mejor, leerse con mayor asiduidad, sobre todo leerse a la juventud, que tan necesitada se encuentra de orientaciones.

#### LOS CONTENIDOS TEMATICOS. ESTRUCTURA

El gran tema del haz de relator protagonizados por los gauchos judíos, lo constituye el idilio entre la tierra y el hombre. Gerschunoff hizo en prosa lo que más tarde Pedroni realizará en verso para cantar el nacimiento de otra colonia rural. Si la obra del entrerriano fue un homenaje al siglo de la patria, Pedroni ofrenda en "Monsieur Jacquín": "A Esperanza, secular". Hay coincidencia de aspiraciones, temas y aún personajes. Cuando en "Los gauchos judíos" Gerschunoff fundamenta la resolución del decidido grupo de inmigrantes israelitas, pone en labios del rabino Jehuda Anakroi, una síntesis de sus aspiraciones: irían a la Argentina para volver a trabajar la tierra y cuidar de su ganado. "Recordad las palabras del buen libro: Sólo los que viven de su ganado y de su siembra, tienen el alma pura y merecen la eternidad del Paraíso".

Si por idea central de una obra debe entenderse el pensamiento que la vertebra y compendia las intenciones del au-

tor, creemos que ya en el epígrafe Gerchunoff nos da a conocer indirectamente su tesis. Cuando recuerda que los varones más fuertes y más grandes de Judea trabajaban la tierra, pero al caer en cautiverio, el pueblo se dedicó a oficios viles y peligrosos, perdiendo la gracia de Dios. Hay como una expresión de deseos, de fervorosa elección para los de su raza, y la alabanza de la vida del rústico desborda las dimensiones del canto, para alcanzar proyección de mensaje. En el retrato de Raquel, la alusión vuelve como un motivo preferido; al recordar a la moza en la actitud de atar las gavillas de las incendiadas olas de trigo, trae plásticamente al escenario la figura del padre, bendiciendo el grano con ademán de patriarca: "...tu padre, que ya no es prestamista ni mártir, como en la Rusia del zar".

Pedroni corrobora: "El puño es poderoso si está lleno de trigo". Y en "La invasión gringa": "¿Dónde se hallaba el oro, de todos alabado? / El oro estaba en un pequeño árbol, / el oro era un engaño: sólo pequeñas flores / de oro perfumado. / Aromitos floridos, / orillas del Salado / ...Pero del fondo de la tierra / ya subía el milagro: el linar de las flores azules, / el linar azulado / donde los ojos gringos / fueron multiplicados".

El tema de la tierra como fuente de bienestar hace una fuerte identidad entre ambas geórgicas. Y aún el tema de la posesión en la tierra: "...iremos a cuidar nuestro ganado", anuncian los israelitas de Rajil; "El hombre y la mujer para la buena tierra, / tierra de Santa Fe: la puerta de la tierra; / Hombre y mujer mirándose para decirse: ¡Nuestra!" cantan los gringos de Pedroni.

Las obras se hermanan todavía con los motivos del miedo y la búsqueda de la libertad; en unos, miedo a la persecución y al odio; en otros, miedo a la falta de pan. Dice Gerchunoff en el relato titulado "El Himno", luego de la hermosa parábola de los dos pájaros: "...El comisario recitó las estrofas del Himno. No lo comprendían los israelitas; pero al

llegar a la palabra libertad, el recuerdo de su antigua esclavitud, de la amargura y las persecuciones seculares sufridas por la raza, revolvió sus corazones y con el corazón y con la boca, todos exclamaron, como en la sinagoga: ¡Amén!”.

Y Pedroni, solemnemente: “Lleno estaba de grano para el pan y la paz. / No volvería el miedo; no volvería más”.

En Rajil, Favel Douglach era conocido por su pecado de pereza. La hierba crecía en su predio, el trigo no se desarrollaba lozano y casi no tenía animales de corral. No obstante, se lo quería, por prudente, por sabio y por poeta.

Para muchos es familiar ya la figura de otro vate, el que inspirara el título del libro de Pedroni, a quien su cantor redime con versos de belleza impar: “Salve, Monsieur Jacquin; gloria a tu nombre; / gloria a ti como poeta y como hombre; / gloria a tu corazón / que, llegado a la selva, se inclinó por la canción, / gloria a tu descrédito de no haber hecho nada; / gloria a tu pasatiempo de labrar la madera, / sólo para esconder tu verso en la viruta; / gloria a tu pereza absoluta”.

Y si fraternos aparecen los libros por la coincidencia de contenidos, queden asimismo emparentados sus autores por una admiración de la naturaleza que en el caso del cazador de nubes embelleció toda su infancia de entrerriano, y en el de Pedroni se manifiesta asimismo en la evocación de los años primeros: “Ahora la niñez es de avión por el cielo. / La mía fue de nube. No cambio mi recuerdo. / Ahora la niñez es de coche en el viento. / La mía fue de pájaro sobre caballo suelto...”.

Vayamos ahora al estrato de las objetividades representadas, a las cosas que ocurren en el libro. Algunos de los episodios comportan mucho más que una crónica y algo menos que un cuento. Otros relatos han sido logrados estructuralmente con plenitud. La descripción predomina en las primeras páginas: “El surco”, “Leche fresca”, “La lluvia”, “La siesta”, donde los mismos títulos se encargan de introducirnos en la pastoril jornada de la colonia. Paisaje y personajes van apare-

ciendo a los ojos del lector con progresión de relato bíblico, y la continua referencia al Libro de los Libros irá forjando el tono líricamente evocativo de los veinticinco relatos. La idealización acaso pondría en peligro la autenticidad, si no advirtiera el autor la urgencia de concretar las situaciones. Entonces nos encontramos con una narración que va mereciendo ya la calificación de cuento, por el acierto con que ha sido graduado el suspenso y la dramaticidad de la anécdota. Con "La huerta perdida" se levanta la calidad de las crónicas al nivel estructural del cuento. Una invasión de langostas destruye en pocos segundos el esfuerzo de los campesinos; es la plaga aniquilando el trabajo del hombre, la fatalidad rondando la alegría de los trigales maduros. La sobriedad de los recursos empleados —diálogo preciso, lenguaje casi directo, el movimiento impreso a la acción— configura armónicamente la página, cuya espontaneidad hace olvidar los cincuenta años transcurridos desde su publicación. Otros relatos son costumbristas, tratan de aproximarnos a la manera sencilla con que los colonos trataban grandes problemas como el amor o la relación conyugal. Uno de ellos: "El Cantar de los Cantares", en que Jaime y Ester, dos enamorados, han sido llevados a la jerarquía de representantes de otros mozos y otras muchachas campesinas, igualmente simples y sin complicaciones cuando deben cumplir con su corazón.

Las dificultades en la relación conyugal y una manera concluyente de resolverlas, se ventila en el episodio titulado "El divorcio". ¿Por qué quieren separarse los conyuges de Rajil? No por adulterio, que no exusan los textos sagrados, sino por "pequeñeces de todos los días". La mujer es virtuosa, no falta el respeto al marido, atiende a los quehaceres de la casa. Pero está "la pequeñez de todos los días": no gusta del marido. ¿Por qué se casó entonces? Como tantas otras muchachas, por imposición de los padres. Este caso sí es considerado grave por los libros, ya que la mujer que no gusta del marido, vive condenada a hondas penas sin disfrutar placer

alguno. Y el Talmud es explícito: "Si la mujer, por causa cualquiera dejara de amar a su esposo, debe separarse de él y no recibir sus caricias, pues el hijo que de ellos naciese sufrirá las consecuencias de la unión sin amor". Entonces, en la casa de Israel Kelner se reúnen los más viejos, erigidos en jueces del primer caso de divorcio en la colonia.

Dice Ortega y Gasset que no hay obra clásica, "es decir: permanente, atemporal, sinfónica", que no aborde las realidades perennes que vive el Hombre; y si se quisiera extremar, los temas de la literatura universal podrían reducirse a cuatro: amor, vida, muerte, ultratumba. En el aparente sosiego donde se desenvuelve el pequeño mundo de la colonia, los temas del amor y de la muerte son una constante. Para presentarnos ese microcosmos de las gentes entregadas al absorbente abrazo de la Naturaleza, Gerchunoff nos ofrece sus estampas con la técnica del impresionismo pictórico: "El surco", "Leche fresca", "La trilla" o "La visita", por ejemplo, constituyen gozosos cuadros de la vida doméstica, donde los trabajos campesinos de filiación bíblica hacen de telón de fondo al escenario en que tendrán lugar sucedidos cuyos verdaderos protagonistas son el amor y la muerte. El relieve a veces trágico de estos conflictos está dado por el juego de sentimientos sin desbatar.

La fatalidad, la barbarie, la superstición o el misterio sobrenatural, signan alternativamente relatos como "El boyero", "La muerte del Rabí Abraham", "La lechuza" o "Las brujas". En "El boyero" se presenta el personaje que persiste hasta en páginas escritas cuarenta años después: don Remigio Calamaco, el soldado de Crispín Velázquez, en cuyos labios revivían las tradiciones de la comarca que tan profundamente conmovieron a Gerchunoff. Don Remigio Calamaco admiraba el valor; hacía del valor su guía, su norte, y su orgullo de gaucho viejo no le permitía ninguna transgresión, ningún desfallecimiento. Para don Remigio, la cobardía era tan repudiable en él como en los herederos de su nombre y de

su sangre. Por eso no toleró una flaqueza del hijo; porque en ese momento dejaba de ser su vástago para convertirse en el testimonio de su deshonra. A esto alcanzaba la fiera de la vieja boyero, que no se resignó a la mengua de su reputación de valiente. Al promediar la pelea, describe Gerchunoff: "Castro arreció el ataque, con mano firme. Dos o tres veces, el rostro de don Remigio se oscureció al retroceder su hijo en la brava pelea. El adversario lo dominaba, seguro de su superioridad. El viejo, con la izquierda en la barba y la diestra en la daga, lo observaba ceñudamente. Volvió a ceder el hijo y de pronto, al aflojar ante un nuevo ataque, don Remigio le hendió con la daga la cabeza, en un movimiento rápido, gritando: —¡No reculés, maula!".

"La lechuza" es modelo de narración sobria y densa; efec-tista, el final del cuento confirma la agorería que el tije-reto del animal ha dejado lúgubrementemente suspendida en el ambiente. El jinete muerto es la víctima de la lechuza, como Brana, la mujer de Rabí Ismael, lo será de "Las brujas"; y las puer-tas de la fantasía se han abierto entonces para dar paso a lo misterioso, lo fatídico, el más allá.

El tema del amor ha sido abordado con la intención de hacer costumbrismo o lograr la nota pintoresca o risueña; tal es el tono que alcanzan "El Cantar de los Cantares", "El episodio de Myriam" o "Las bodas de Camacho". Pero hay un relato, acaso de los mejores del libro, en el que el autor nos brinda una nota de ternura que es típicamente hebreaica. "La triste del lugar" se titula el cuento, que por su calidad alcanza casi el nivel de un poema en prosa; en él se siente vibrar con autenticidad la pureza del amor naciente en dos jóvenes de la colonia: Jevod la triste, y Lázaro, el rengo. La fibra de escritor que poseía Gerchunoff asoma toda en este relato, digno de figurar entre las más altas expresiones del género dentro de la narrativa argentina. Los protagonistas no han sido idealizados; es el clima en que nos ha introducido previamente, el causante de que su idilio nos conmueva de una manera no

usual y que el cuento sobresalga con relumbres de pequeña joya en la totalidad de las narraciones.

La veta humorística no podía estar ausente en un escritor optimista; a veces asoma como relámpago para aligerar la solemnidad de una frase, otras ocupa episodios íntegros del libro: así, "Las bodas de Camacho", descripción de un casamiento y fuga inolvidables; "La revolución", que fue de las mujeres de Rajil y en esto se pareció a todas las revoluciones de la historia, o "El candelabro de plata", el caso del muy religioso Guedalí, que se dejó robar en día sábado por no interrumpir el último rezo.

En ocasiones la nota es francamente épica: "Génesis". "Llegada de inmigrantes", "La huerta perdida", constituyen testimonios de la lucha casi febril por conquistar la tierra, con las esperanzas, proyectos y desasosigos de un haz de almas a veces vacilantes aunque con frecuencia triunfalmente aguerridas.

Pero en el cuadro de general beatitud que hemos intentado resumir, hay sin embargo una nota de amargura, de descreimiento en la acogida que pudieron dispensar a los nuevos habitantes, los viejos pobladores del lugar. En "Historia de un caballo robado", la persecución secular de la raza asoma en las peripecias de Rabí Abraham, que ha sido acusado de haber hurtado un caballo. Rabí Abraham, presintiendo quizás el comienzo de "un período nuevo, que trasplanta al suelo argentino el juicio eterno sobre los hebreos", paga al comisario el precio del animal, para obviar trámites enojosos que intuye dónde habrán de finalizar. Es decir que no ha permanecido ajeno Gerchunoff a un problema no superado totalmente, ni ha pretendido soslayarlo idealizando las relaciones de los colonos con los criollos, como se le imputara erradamente. Con naturalidad muestra los conflictos, y este episodio es en este sentido un documento, pero su fe en la naturaleza bondadosa del hombre, se impone nuevamente para vaticinar la perfec-

ta convivencia entre las razas, aunque sea, dice, para el segundo centenario de la República.

Los personajes de "Los gauchos judíos" están extraídos de la vida real; es probable que no sean fieles fotografías de seres existentes, pero sí modelos o bocetos inspirados por esos seres. Chateaubriand decía que sólo se pinta bien el propio corazón, atribuyéndoselo a otro, y que "la mayor parte del genio se compone de recuerdos". Hay un personaje en la obra que se ha llevado mucho de la intimidad de Gerchunoff; se trata de Nahum Yarcho, el médico milagroso. A través del retrato se advierte la ligazón simpática que lo une al escritor. Este ha afrontado la tarea de mostrar la bondad de un carácter con un procedimiento indirecto: la comparación con el antiguo médico de la colonia, de exultante personalidad, y mucho éxito con las mujeres de Rajil. El nuevo profesional era de diminuta figura y exterior desaliñado; un "casi epicúreo que infringía las reglas con sonriente distracción". Resultaba un hombre diferente, posible sólo en las historias de brujos o en las historias de poetas. Sugestiva disyuntiva. Y más aún lo que sigue: una de sus ocupaciones preferidas era la de conversar con las viejecitas de la aldea y arrancarles secretos lugareños, o con los ancianos que disertaban sabiamente. Como vimos, uno de los gratos quehaceres de Gerchunoff. Y en el ejercicio de su profesión, el médico aconsejaba "mirar las nubes", porque hacen bien a la salud. El comienzo en la colonia fue desfavorable. Su falta de brillantez desconcertaba las sencillas gentes; pero su afortunada actuación con la jorobada —llamada así no por tener joroba, sino porque era lo único que le faltaba tener— hizo nacer en los pacientes una admiración que derivó en una fama de milagrero.

En boca de esta criatura literaria, Gerchunoff pone propias opiniones: su amor por las cosas de la aldea, simples y por eso buenas, en contraste con las atracciones y el tumulto de la capital; sus ideas sobre la misión que debe cumplir la misión municipal, sus ocurrencias humorísticas, su alma de

poeta. Una vez le preguntó el domador si nunca se cayó la luna, y la respuesta fue ésta: “—Todas las madrugadas se cae al Paraná y antes de subir las estrellas, el Pescador que está arriba la pesca y la echa a rodar”.

Después de su muerte, se hizo sinónimo de fusión de razas. Y si para el rabino no hubo un judío más hondamente judío, el comisario opinaba que fue un verdadero gaucho.

Gerchunoff ha puesto en la escena, entonces, no su propia apariencia física, sino sus sentimientos, sus pasiones, su personal concepción del mundo a través de un hijo de su capacidad creadora, basado en un personaje de real existencia. Otro escritor entrerriano, José Chudnovsky, recuerda también con calor a este médico que se singularizaba por su amor a los seres vivos: Noé Yareho, que murió el 31 de julio de 1912. “Nadie lo reemplazó del todo”, afirma el autor de “Pueblo Pan”<sup>5</sup>.

#### EL ESTILISTA

Gerchunoff defendió siempre su segunda ocupación, la de periodista. No admitió la validez de la premisa según la cual el periodista anula al escritor. Por el contrario, insistió en que este oficio sirve a los escritores de prueba, de disciplina y de yunque. ¿Deben interpretarse sus palabras como una justificación? Porque se ha hablado de él como de “un gran talento sin un gran libro”. Tal vez haya que sumarlos a todos, como propone Juan Carlos Ghiano<sup>6</sup>, para que el total nos dé la gran obra. Quede en suspenso la polémica, mientras nos dedicamos a desentrañar la filiación estética de “Los gauchos judíos”, que inaugura su producción como cuentista y resume las tendencias iniciales de su estilo. De la investigación surge que, cuando Gerchunoff se trasladó a Buenos Aires, co-

<sup>5</sup> JOSÉ CHUDNOVSKY, *Pueblo Pan*, Buenos Aires, *Losada*, 1967.

<sup>6</sup> JUAN CARLOS GHIANO, “Gerchunoff, un humanista”, en *La Prensa*. Buenos Aires, 25-II-1962.

rían frescas ráfagas modernistas en el ambiente literario de la metrópoli. Los relatos azules del vate nicaragüense, rescataban la musicalidad de la palabra como valor ineludible en la obra de arte. Muchos acusaron el choque de estas ráfagas, no sólo en América sino allende el Océano. Honda influencia ruberiana trasuntan ciertos versos prosificados del autor de ese poema sinfónico en cuatro tiempos que se llamó "Las Sonatas". Pero nos interesa sobremanera una obra de don Ramón del Valle Inclán, aquella cuya sustancia poética es una Galicia embrujada, ingenua y agreste, milagrera: "Flor de Santidad", de 1904. Allí se pinta de cuerpo entero el artista de la palabra melodiosa, con sugerencias y evocaciones en lo religioso, sensual y arcaizante. De él se ha dicho con acierto que concretó en prosa la obra de transformación lograda por Rubén Darío con el verso castellano. ¿Acaso en su sentimentalismo melancólico y lleno de misterio, flor de su galleguismo afectivo, bebió el autor de "Los gauchos judíos"? Estamos en los umbrales de su orfebrería artística. Gerchunoff siente con intensidad el paisaje, participa del vigor del gran prosista para brindar color al ambiente, de su fuerza para expresar plásticamente lo externo de personajes y cosas, y plasmarlo en estampas que parecen inspiradas en cuadros reales o posibles. Tiene aquel sello el aire agorero y profético con que anuncia la proximidad de la muerte y la tragedia, en el marco de lo sobrenatural, entre presagios que se cumplen fatalmente.

Amado Alonso anota, en cumplido trabajo <sup>7</sup>, la revaloración que ha realizado Valle Inclán de palabras desgastadas por el uso y hace un inventario de los vocablos proferridos de su léxico, que revelan en la metáfora y comparaciones, la naturaleza de sus representaciones. Así, nos ha confeccionado una prolija lista en la que figuran: "antiguo, cándido, ingenuo, eclesiástico, eucarístico, monacal, nazareno, litúrgico, sacramental, hierático, milagrero, místico, simbólico", etc.; es-

<sup>7</sup> AMADO ALONSO, *Materia y forma en poesía*. Madrid, Gredos, 1965.

te vocabulario tiñe de lo religioso y arcaico a sus poemas en prosa que actúan al modo de verdaderos cuadros con vida.

El mismo relato que admirábamos al considerar los contenidos temáticos de "Los gauchos judíos", nos viene en mente para ilustrar el parentesco estético. La moza Jeved, protagonista de "La triste del lugar", revive a las hembras gloriosas de la Biblia; hay algo *hierático* en sus maneras, contesta los saludos con la gravedad propia de los espíritus *místicos*, las palabras salen de sus labios como si fueran sentencias *sacramentales*. Y la similitud lexical prosigue: "arrobamiento, maleficio, lúgubre, rezo, ingenuo, pastoril, milagrosa, simbólica", etc. ¿Cómo no recordar entonces, ante la "mano huesuda y trémula del viejo colono, y su barba "temblante", aquellos "temblores" de la estética del arte por el arte, que fueron la contraseña de toda la escuela?

La adjetivación de Gerchunoff es casi siempre doble. En ocasiones se puede rastrear al maestro: "Lenta y grave es la canción...", pero con mayor frecuencia la pareja de adjetivos sigue al verbo: los bueyes tiran "resignados y dulces", la barba del rabino es "blanca y espesa", los ojos de Moisés Hintler son "redondos y diminutos", el cielo entrerriano, "protector y suave". Sabido es que Valle Inclán evolucionó hacia el característico tríptico de adjetivos con una comparación compensatoria del ritmo: "...aquellas campanas de aldea, piadosas, madrugadoras, sencillas, como dos viejas centenarias".

Hay entre las artes una interacción —fruto de su común nacimiento— a veces muy fácil de detectar. La pintura, la música y la escultura, sobre todo, confunden sus particulares efectos en la síntesis reveladora de la palabra. A menudo el autor es explícito y la mención de la estampa o el cuadro que reproduce o intenta reproducir, facilita el cotejo. Así, la triste del lugar, que por la senda húmeda deja sus huellas, con el cuenco al hombro, evoca en el atardecer de los prados, "láminas de antigua poesía". En otro relato, los viejos que se

alinean en los bancos de madera, iluminados sus rostros dolientes y blancas barbas por la luna”, parecen formar un friso místico de los Apóstoles”. ¿Quién no ha visto —insiste nuestro autor— los perfiles quemados y llenos de angustia de las estampas antiguas, en los cuadros de las iglesias? Prácticamente, está denunciando la fuente de sus intuiciones; son descripciones estáticas, con el sujeto y el objeto inmóvil. Y en “La muerte del rabí Abraham” es una lámina rusa, un paisaje de país de nieve, el modelo de su descripción de la campiña escarchada.

Queremos citar además la presencia del gran personaje de los escritores impresionistas, la luz; una luz centellante vive en esos cuadros cuyos autores no mezclaban los colores a sabiendas, para que la fusión la hiciera en su retina el lector. El amarillo fue característico en el pincel de Van Goh y sus imitadores. El autor de “Platero y yo” cantaba, sublime: “Entre los huesos de los muertos, / abría Dios sus manos amarillas”. Cuando describe la lluvia, dice Gerchunoff que el cielo se ha teñido de “fulgores amarillos de sol”; en cuanto a las casuchas, con las blancas paredes y los amarillos techos de paja, lucen al sol; la campiña segada parece “un inmenso cepillo de oro...”; en el camino una vasta polvareda levanta franjas de oro...; “el tono amarillento de la huerta da al paisaje una melancolía dulce...”. Por lo que se refiere al azul, tan grato al impresionismo de Juan Ramón Jiménez —“Dios está azul”—, goza también de las preferencias de nuestro autor. Por eso, la luz se quiebra en flechas azuladas, los viajeros se extasían en el azul profundo de la mañana, en región alguna el cielo es de un azul tan intenso como en Entre Ríos.

El amor con que ha trabajado la prosa se pone en evidencia asimismo en el uso metafórico de los verbos: en el cuadro pastoril titulado “Leche fresca”, aparecen en las puertas de los ranchos, viejos de grandes barbas, *masticando* la oración de la mañana, mientras con la aurora *brotan* los diálogos del amanecer...; “*rosea* la escarcha, que cubre la campiña...”.

La placidez en la evocación de las faenas agrícolas ha sido lograda mediante el empleo de imágenes en que las sensaciones procedentes de los sentidos tienen papel primordial. A veces se recurre a la reiteración de sonidos para evocar ruidos característicos: “grillos y ranas turbaban con su *chirriar* y *croar* la paz del crepúsculo...”, “Una lechuza *graznó lúgubremente...*”.

Para comparar, se somete a la simplicidad de los seres y cosas habituales: la vaca es buena “como un pedazo de pan”; el palenque está torcido “como una vaina de algarrobo”; las pupilas se dilatan “como tierra arada después de la lluvia”; el áspero mocetón es “áspero como un tala y ágil como una ardilla...”.

Andando el tiempo, su prosa se hace más directa, como urgida por la necesidad de comunicar las ideas sin trámites dilatorios. En “Entre Ríos, mi país”, obra de la brillante madurez, lo sociológico se impone a lo estrictamente literario; ya no es la descripción de las bellezas entrerrianas las que convoca sus afares; ahora, la experiencia de vida se traduce en opiniones concluyentes; para Gerchunoff, el entrerriano es el hombre más antifarisaico y más antiteatral. Y aunque Keyserling identificó al argentino con un espíritu neutral, cuyo lema es el “No te metás”, nuestro escritor sostiene con orgullo que el lema del entrerriano sería: “¡Metete, hermano!”, porque todo le incumbe, nada de lo humano le es ajeno. En el pudor varonil de sus sentimientos, lo encuentra similar al vasco. Se lamenta de que el escritor argentino frecuente muy poco su tierra, de que nuestra literatura sea casi una literatura sin paisaje. Pero el gusto por la tierra —afirma— es proverbial en el hombre de Entre Ríos, y su sentido social ha llevado a la provincia a la formación precoz de la clase media, que según los sociólogos aparece sólo tardíamente en los países jóvenes. Y si bien vive en la ciudad —porque la nuestra es una provincia de ciudades—, el entrerriano mira al campo. Elogia su sentido de cohesión humana, su gregarismo

social. De este sentido infiere el que nuestra provincia sea una comarca en que el caudillaje fue un episodio solamente; el general Urquiza, por ejemplo, "más que mandador inexorable de hombres, es un individuo que está identificado con una obra social".

Estas son sólo muestras de la riqueza de conceptos que hay en "Entre Ríos, mi país". Es claro que esta riqueza exige el empleo de otra clase de recursos. El tono por supuesto es distinto, de manera que la prosa responde a la nueva exigencia. La pluma va desgranando opiniones, afirmándose en la expresión inequívoca.

Así, el análisis de lo exterior formal vuelve a referirse a los temas, advirtiéndose entonces que lo morfológico sólo cobra sentido en la estructura coherente que sirve de esqueleto a la creación literaria. Elizabeth Boen describía la inspiración y la emoción engendradora de la estructuración, como un enamoramiento; opinaba la irlandesa que el escritor ha encontrado su idea cuando se ve ya obsesionado por ella. En última instancia, no son los escritores quienes buscan los temas, sino que los temas los encuentran a ellos. En el caso concreto de Gerchunoff, sus emociones generaron siempre las ideas de sus obras.

Fue la suya, por lo demás, una tarea de humanista en la que no se impuso descanso. Su devoción por Cervantes se volcó entera en "La jofaina maravillosa" de 1924 y "Retorno a Don Quijote" de 1927. Reconociéndose discípulo de Payró, con una novela de crítica política y social, "El hombre importante", inscribió a Vespasiano Pardeche en la picaresca criolla, junto a las divertidas criaturas de su maestro, el nieto de Juan Moreyra, Laucha o los habitantes de Pago Chico. Ya había caricaturizado al sudamericano que fue "El hombre que habló en La Sorbona" (1926). Su admiración por la poesía de Heine se aplicó en el ensayo "Enrique Heine, el poeta de nuestra intimidad" (1927); recordó novelescamente en "Los amores de Baruj Spinoza" (1932), al filósofo judío. La defini-

ción geográfica e histórica de la provincia se extendió a toda la nación con "Argentina, país de advenimiento" (1952).

Todo esto y más, al margen de una batalladora misión de periodista, que lo colocó dentro de los procesos políticos y sociales de su tiempo, no como un espectador indiferente, sino como testigo dispuesto a defender o acusar, siempre sincero, no excusándose ante la necesidad de definirse, encomiando con porfía las excelencias de una libertad bien entendida para jalonar el camino del ser humano en su realización. Su filiación de idealista denuncia el parentesco espiritual con el hidalgo de La Mancha. Y si para el caballero de la triste figura, "la pluma es lengua del alma", la de Gerchunoff habló extensamente sobre los afanes de un espíritu que quiso ser hacedor en los destinos de su patria adoptiva, que logró ser cabal y profundamente argentino.